

Y termina el mandato anual de la Cofradía, después de haber celebrado el conocido «Día del Ramo», fiesta de marcadísimo colorido popular, de significación populosa y alegre, que se celebra por regla general el primer Domingo del mes de Septiembre, y cuyo principio y fin es típicamente animero. La Mayordomía, con regalos recibidos y con artículos y productos comprados, organiza cuidadosamente la Mesa del Ramo, verdadero escaparate de los más sabrosos condimentos y más exquisitos dulces de la localidad, obra maestra de la artesanía reposteril, y en la cual se subastan públicamente los manjares expuestos, que previamente han sido tasados, siendo la diferencia hasta el precio alcanzado en la subasta, el margen de utilidad que queda a beneficio de la Cofradía. La Mesa la presiden todas las Autoridades y es «vocero» de la subasta el Alguacil municipal.

En otras épocas, esta subasta, no dejaba de ser financiera, pues eran muchísimos los cacereños que pasaban un día entre nosotros y contribuían al esplendor de la fiesta sacrificando algunas pesetas. Hoy—no creemos sea por razón de orden económico—estos visitantes van de año en año reduciéndose, y con ello la Mesa del Ramo—como negocio para la Cofradía—ha sufrido un verdadero colapso que nos hace pensar con dolor en su próxima desaparición, pues no se compensan las molestias y los gastos, con los beneficios que se consiguen en la subasta.

Sólo un medio hay para salvar la tan típica Mesa. Y hemos de hacerlo público, con la esperanza de conseguir que no desaparezca, pues siempre duele la muerte. Que los cacereños vuelvan como en épocas pasadas a vivir la tarde del Día del Ramo en este hospitalario e hidalgo pueblo de Casar de Cáceres, donde han de recibir nuestras atenciones y cortesías, a cambio de contribuir al fomento y conservación de estas costumbres de significado religioso y tradicional, a punto de desaparecer, que necesitan para subsistir el aliento de todos...

MARTIN TOVAR SANCHEZ

IDEARIO EXTREMEÑO

Los progresos de la sabiduría son sucesivos. nunca se ejecutan de un golpe, y la semilla que da origen a estos progresos ha sido en todos tiempos el fomento de las artes que enseñan deleitando; porque estas artes contienen la verdadera práctica del buen gusto...

FORNER

APUNTE PARA UN RETRATO DEL ALMA DEL EXTREMEÑO (1)

Por PEDRO CABA

CREO que puede hablarse de la poesía y la humanidad del hombre extremeño y que se dan en él rasgos típicos y diferenciales que pueden ser delineados y descritos hasta permitir un apunte de su silueta espiritual.

A primera vista parece que no, que es poco menos que imposible alcanzar esa silueta porque el extremeño presenta características de hombre de cruce entre el ibero, el lusitano, el tartesio aborigen y los injertos arábigo-moriscos. Sí. Pero ese cruzamiento y esa mestura dan un precipitado que cabe recoger y someter a reactivos del pensamiento crítico, indagando así de qué últimas esencias se transe y perfuma el alma del extremeño actual. Pero para ello, sólo una actitud poética y amorosa puede calar, radioactivamente, hasta el sutil arborismo del esqueleto espiritual del extremeño. Como siempre que se trata de entender lo humano en su profundidad, el instrumento ha de ser la intuición, el intelecto de amor, y el medio de expresión la metáfora y el simbolismo, el lenguaje poético. Ya veremos cómo en nuestros poetas se encuentran los más finos hallazgos sobre el alma del hombre extremeño. Es que el vate *vaticina*, profetiza a los demás, a fuerza de escuchar en sí mismo los últimos rumores. Se es poeta en la medida en que se es hombre representativo de un pueblo, de una región, de un tiempo histórico.

ANTROPO-GEOGRAFIA EXTREMEÑA.—Como respondiendo a una actitud lírica y amorosa la antropo-geografía de que voy a hablar es mínimamente obtenida con los rigores del científico y máximamente con los fervores poéticos del amante.

Y así como para el amante el balcón donde la amada urde silenciosamente encajes y sueños tiene siempre resueños y fragancias de la voz y la presencia de ella, como la madre habla con la cuna vacía del hijo que murió, o el hijo encuentra rumores de espíritu en el sillón vacante del padre ausente, así para todo buen extremeño, la geografía de Extremadura tiene un alma que, en el lenguaje de la evocación y de la poesía, algo inefable y hondo sabe decir a quien la sabe entender. Toda la Cultura, la Historia toda es un film, una proyección poética del hombre sobre las cosas. A fuerza de inyectar sueños, anhelos, recuerdos, júbilos y angustias, incertidumbres y verdades vivas; nuestra geografía, el pedazo de naturaleza en que nos inscribimos, el perímetro de nuestro horizonte existencial, se impregna y colorea de nuestra humanidad. La Historia es un lento

(1) Este trabajo fué presentado a la II Asamblea de Estudios Extremeños.

proceso de humanización de la Naturaleza, de espiritualización del mundo inerte. Por eso hay siempre una misteriosa ecuación entre el hombre y su paisaje, entre los pueblos y su Geografía, lo que ha hecho suponer a algunos que es el coeficiente geográfico la determinante de nuestra psicología, cuando es más bien la proyección poética de nuestro espíritu la que se instala bajo la piel de las cosas cambiándoles la fisonomía. Sin duda, también el hombre se toma de los flujos cósmicos de su paisaje y modela, según sutiles toques de su geografía, sus hábitos y costumbres, su habla y sus tradiciones. Pero esta labor de adaptación del hombre a su contorno físico es también un modo de proyección poética, pues consiste en un dejarse penetrar de esos efluvios para reaccionar más eficazmente sobre ese contorno y humanizarlo según el propio potencial.

Estamos penetrados de los fluidos de la tierra, pero no de la tierra sorda y mineral, sino de la tierra ya humanizada por nuestros padres, por nuestros hijos, por nuestros amores y nuestros sueños de hombres. Estamos transidos de hábitos indefinibles de la tierra, pero de la tierra hecha historia y tradición... Por eso, a medida que en el tonelillo del corazón nos sube más el nivel de amor a la patria chica, nos inclinamos más amorosamente a sus costumbres, a los giros de su habla; a sus leyendas y tradiciones. Y por eso, la nostalgia, la tristeza por la tierra ausente se satisface cuando, lejos de ella, se reúnen los paisanos y se entregan a la dulce evocación colectiva de canciones y ceremonias, y voces y giros vernáculos y costumbres locales trasañejas. Y como el punto más alto de intensidad de la vida colectiva es la de la declinación del día, pues con el véspero llega la hora en que se acendra la vida colectiva de intimidad y se urden los mitos locales, y se transmiten y perpetúan los cancioneros, las tradiciones y las leyendas, todo lo que cifra y caracteriza el alma de cada pueblo, se comprende que sea también esa hora del anochecer cuando el hombre que se halla lejos de su tierra siente indecibles ternuras y finísimas melancolías que le suben por el tallo del corazón arriba traspasándole el ser con humedad de lágrimas. Es esa la hora en que se enjambran los recuerdos en torno al corazón como los vencejos de acero estremecido se enjambran, también al anochecer en torno de las torres pensativas como frentes cargadas de pensamientos de siglos. Es una savia dulcísima que nos sube por el tronco del ser y nos da conciencia de que somos plantas jardineras que sólo se trasplantan bien cuando se acompañan de una adherencia terránea, como cofia o caperuza, a la raíz que es nuestro corazón.

Y por eso lo que más y mejor evocamos, lo que más dulce y energicamente nos liga a la tierra, es nuestra infancia, la edad de nuestra vida y aquella en que más intensa es la proyección poética sobre el contorno. Suele ocurrir que el hombre en su juventud se irradie desde la tierra en que vivió su infancia como desde una costa marina hacia el alta mar de su existencia; y se irradie bien abiertas y henchidas las velas del espíritu por el viento del futuro. Y suele creer entonces que la tierra de que se aleja ahora puede abando-

narla sin necesidad de gravitar más sobre ella. Pero se equivoca. A medida que avanza sobre su propio existir, el recuerdo, la mirada melancólica del recuerdo, húmedo de nostalgia, se vuelve al terrazgo de origen y, poco a poco, el corazón, maduro y sazonado como fruta, se va dorando y reviniendo de azúcares que hacen más dulces aquellos recuerdos. El cuerpo mismo empieza a curvarse como si el tronco se inclinara para escuchar mejor, en el seno de su curva, la voz de sus raíces. Y a la luz dorada del propio crepúsculo ponentino el hombre pone el oído sobre sí mismo. Y, sobre la tierra, como un zahorí, oye el rumor de las aguas más hondas que empapan la gavia de su ser. Y así recordamos entonces nuestra tierra, nuestra infancia. Todo lo repasamos filmicamente, con luces y tornasoles de cinematografía, según va pasando por nuestro corazón la cinta de nuestro recuerdo, proyectándose por dentro de la pantalla de nuestra frente que se inclina con melancolía. Todo nos suena, entonces, vaga, poéticamente, con el transfondo musical de nuestra propia poesía, pues los regatos de nuestra sangre toman, entonces, otro ritmo, sonándonos más puros los viejos acordes de nuestra vida: las canciones oídas en la infancia, los acentos del habla, la música de los vientos, el rumor de las costumbres que creíamos *tras-cordadas* en nosotros, traspuestas más allá de los sutiles horizontes, de las curvas de nuestro corazón.

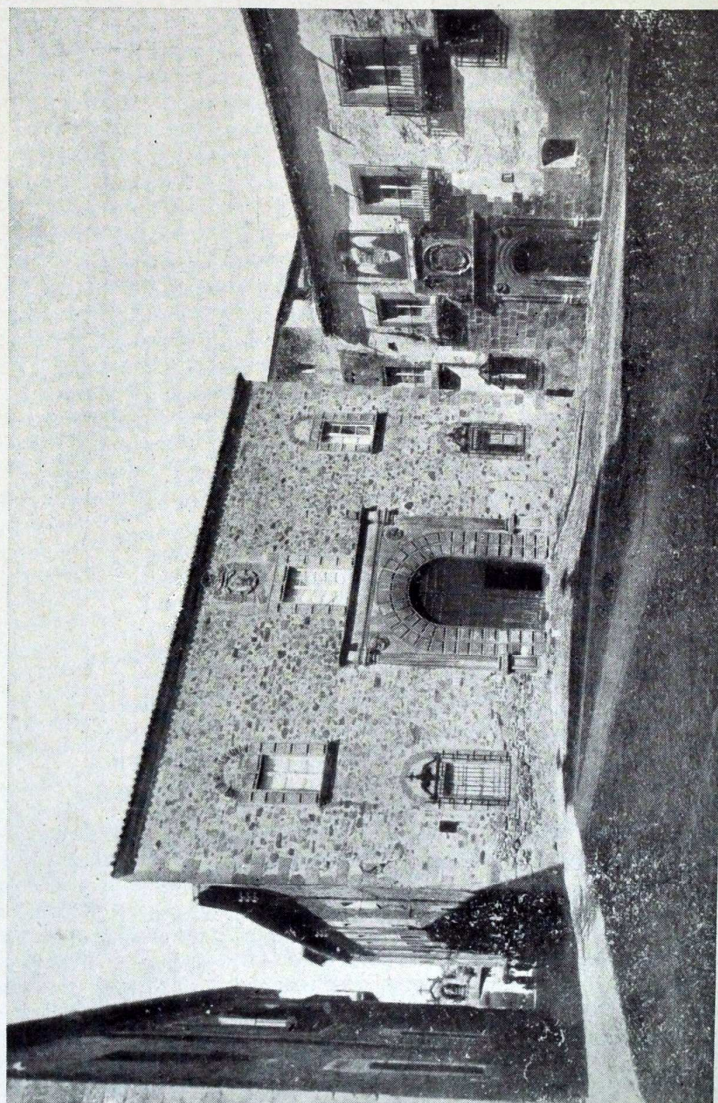
Decimos cuando envejecemos que la tierra nos llama porque oímos en el pasado la voz de nuestras raíces y esas raíces las identificamos con la tierra en que cimentamos nuestra personalidad. Por eso sentimos y vemos la tierra como un símbolo vivo, y hallamos una ecuación, una doble corriente entre el hombre y la tierra. En este sentido hablo yo de una antro-po-geografía del extremeño.

Extremadura tiene ríos anchurosos, tendidos, todo generosidad desbordada y fertilizante, como el Guadiana, y ríos enérgicos, concentrados y musculosos como el Tajo, tan patriarcal y viril, tan insobornable, que llega ya a Toledo meditativo y pudoroso, un poquito avergonzado o remordido de las blanduras de jardinería femenina en Aranjuez. Así me parece también el alma del extremeño: soledad, tendida y generosa de una parte, concentrada, virilmente sobria, de otra, con pudores de varón que luego estudiaremos. También ese alma es varia en aspectos panorámicos, diversa en su íntima geografía, lo mismo que la Geografía real de Extremadura. En ésta, se da el páramo, la llanura ilimitada, como se da la comarca eruptiva y desgarrada; de una parte, la zona fertilísima de la Tierra de Barros o de la Vera, con paisaje de cerezos como un abanico japonés, y tierras candidas de azahar, con vocación de novias; y de otra, comarcas ariscas, erizadas de encinas y matorrales, de enebros y matorrales, de jaras y berrocales infértiles, zonas secarrales en que la lucha con la tierra reviste los aspectos de la tragedia, como en la llamada «Siberia extremeña». Así me parece el alma del extremeño: severa, austera, casi franciscana, como sus tierras pardas, pero con zonas de mucha riqueza y fertilidad; de aspecto hosco, arisco, de tierra abrupta, pero con oculta, callada secreción de muchas fuentes,

de aguas tanto más limpias y afiladas cuanto más duras y enérgicas las rocas que las filtran; dureza casi mineral a primera vista, pero con honda ternura de tierra ubérrima y labrantía. Y es el extremeño grave y patriarcal, hondo de savias y tradiciones como la encina de viejos y sonoros bronces; y es tosco y meditativo como el chaparro, enérgico y bravío como el enebro, oloroso y resistente como la jara y sobrio de anatomía, pero succulento de esencias, como el olivo. «Crasa» ha llamado Luis Chamizo a Extremadura aludiendo a estas suavidades desconocidas del alma del extremeño. Si hasta en el aspecto físico recuerda en muchos casos el extremeño la fisonomía fibrosa y milenaria de los olivos (recordemos que Santa Teresa comparaba a un extremeño, a San Pedro de Alcántara, con las raíces del olivo) no menos el alma extremeña sabe destilar bajo su corteza, óleos untuosos y aceites perfumados de una honda y vieja humanidad trabajada en muchos siglos silenciosos que duermen en el subsuelo de un ser profundo. Son «los sentires que se jinchán mu'pá drento», que dijo Chamizo.

Físicamente se presenta el extremeño como de estatura regular, fuerte, enérgico, macizo, de arquitectura corporal que recuerda la del aragonés; un tipo achaparrado, duro de líneas y enérgico de ademán; tal ocurre con el extremeño del Norte. Pero hacia el sur no es infrecuente el tipo bético, fino, esbelto, cenceño, con una línea grácil y airosa de sevillano. No hay pues un tipo físico bien delimitado, pero convengamos en que el rostro requemado de soles, el rostro moreno, la gravedad del gesto, se da lo mismo en el extremeño del norte que el del sur. Yo no concibo, como hombre representativo, a un extremeño rubio o albino. Y sobre todo, en la mujer extremeña, se da con muchísima frecuencia, ya como tipo representativo, la mujer esbelta, morena, de ojos de un negro profundo y mirada a la vez, ardiente y mansa. Pocas bellezas de mujer hay en la península tan finas y sugestivas como la de la mujer extremeña. Su figura elástica de tanagra, toma perfil de canéfora griega cuando anda hacia la fuente con el cántaro en lo alto; o recuerda dulzuras de Samaritana bíblica cuando descansa junto a la fuente, en espera de Dios sabe que hombres sedientos que en ella sueñan apagar su sed. Misteriosa, recatada, honda, suena en ellas, secretamente, el rumor de muchas aguas dormidas y muchos anhelos despiertos, que el pudor y el recato impiden dar a conocer, pero que se adivinan en el relumbre de sus ojos, de mirada blanda de oveja en que se encienden también calenturas de tórtola y estremecimientos de corza o de gacela. Si a ello unís la música de su charla, el encanto de sus ingenuidades, el milagro de su abnegación y la riqueza de su ternura, evidenciaremos que no hay en ella solamente la hembra, más o menos herida de reflejos sensuales, sino también la mujer dulce, honda, sensitiva, tierna, capaz de plenificarse en la madre ubérrima y abnegada, obediente a la llamada secreta de todos los sacrificios.

PRIMEROS RASGOS.— Dos grupos de rasgos fundamentales hay que anotar a primera vista en el alma del extremeño: el sentimiento de la masculinidad como un título de señorío del que el va-



ALBUM EXTREMEÑO: Cáceres. Palacio episcopal y Casa de Ovando

rón no puede abdicar sin avergonzarse, y la sobriedad en todo, en el gesto, en la palabra, en el yantar y hasta en la manifestación de los sentimientos.

a) *Sentimiento de la masculinidad como título de señorío.*— El extremeño de cepa toma el hecho de ser y parecer suprema varonía como exigencia irrenunciable de su espíritu. Poner en duda la virilidad de un extremeño es inferirle la máxima ofensa. Y ningún otro hombre peninsular emplea en sus locuciones diarias tantas alusiones a los atributos físicos de la virilidad que toma en todo su simbolismo expresivo. A veces esa identificación entre el sentimiento de señorío varonil y sus manifestaciones orgánicas como sexo es tan inflexible, que el sentimiento de la masculinidad tome las formas del machismo, de un sentimiento casi animal del sexo, llegando a los linderos de la brutalidad. Es frecuente que los mozos de los pueblos extremeños se sientan halagados cuando se les dice que son muy brutos como si en esa adjetivación hallaran un eco de elogio, de reconocimiento explícito de su enérgica varonía. Solo en los aragoneses he encontrado ese curioso orgullo. Y sin embargo, no es más que el miedo a sentirse disminuído en su virilidad según la estimación de las gentes. Recordemos que en el poema «Varón» está bien reflejado con palabras crudas y violentas, ese desprecio por la varonía disminuída:

Me jiedin los hombres
que son medio jembras...

Y recordemos el orgullo del machismo regional con que se expresa Chamizo en su Introducción a su poema «Extremadura»:

Porque semos asina, semos pardos
del coló de la tierra
lós nietos de los *machos* que otros días
trunfaron en América...

Y obsérvese cómo aquí, en Chamizo, el machismo fundamental del extremeño se vincula lúcidamente con el poder fundador, genésico, del conquistador de tierras.

Pero cuando no toma esa forma casi zoológica del machismo, el sentimiento de la masculinidad del extremeño se viste con ricos caracteres de señorío que se manifiestan en formas muy diversas, desde el certamen y la apuesta sobre quién corta antes el tronco de un árbol, o es capaz de segar a tres surcos simultáneos, hasta la promesa solemne de castidad o de heroísmo, hecha ante la mujer o ante la Virgen. Recuérdese que los fundadores y conquistadores extremeños partían después de haberse ligado por una promesa o juramento ante la Virgen de Guadalupe o ante la Virgen de su lugar.

Y un sentimiento de señorío viril, lejano ya del machismo casi animal, es el que el varón extremeño aspira a ejercer sobre el alma de la mujer a quien enamora. En un confuso sentimiento de la mujer como si fuera tierra a la que hay que roturar, sembrar y seño-

rear, y de la tierra como si fuera mujer a la que hay que rendir con piropos de novia para fecundarla, el varón extremeño trata a la tierra como a una novia y a la mujer como a la tierra fértil. ¡Y qué bien entendida se siente en lo profundo la mujer extremeña! Es el sentimiento que yo quise reflejar, sin conseguirlo, en mi novela «Lázara la Profetisa o Tierra y Mujer».

b) *Sobriedad del extremeño*.—Siempre es sobria la humanidad extremeña. Hay en el extremeño sobriedad en el gesto, en la palabra, en la alimentación y hasta en los sentimientos. El aspaviento, el barroquismo gesticular es poco extremeño. Frente a los seísmos aparatosos del andaluz, el extremeño es grave y contenido de ademanes. La misma sobriedad hay en su habla, lenta, madura, trabajada y rica de experiencias propias. Asistid a un diálogo de umbral, en una noche de verano o en el corro de una era o en la antecena de una noche invernal y oiréis un habla sosegada, grave, ancha de sentidos y parca de vocablos, pero estos tan vivos y entrañados de carga humana que bien echaréis de ver la profundidad de que viene electrizada el habla sobria del extremeño. Y la misma sobriedad en la alimentación. En vez del sensualismo gozoso y ávido del hombre del norte español o del golosineo del andaluz, en el extremeño el yantar es casi un rito. Un cuenco de sopas o gazpacho, unas tajadas si la situación lo permite y el pedazo de queso sobre el pan, comiéndolos a talla de navaja como un escultor, como un artista del arte de partir el pan. Queda por fin, una sobriedad de los sentimientos que hay que estudiar bajo otras luces:

LA TERNURA Y EL PUDOR VIRIL DEL EXTREMEÑO.—Hay en el varón extremeño una ternura honda, bien viscerada, pero pudorosa, contenida, enterrada en la gleba ardiente y silenciosa del corazón. Es una ternura que no deja entrever siempre todo el ardor que tiene sofocado. Hay pulpas ricas y vivas bajo el áspero aspecto del extremeño que no todos saben descubrir. Pero, claro, las descubre siempre el poeta: Es

el miajón que llevamos los castúos
por bajo e la corteza

El extremeño siente como vergüenza de manifestar demasiado paladinamente sus sentimientos; y de estos, el de la ternura, sobre todo. Le parece que esa manifestación paladina afemina siempre un poco y, claro, dada su concepción de masculino, esto traiciona la ley fundamental de la varonía.

Las formas de la ternura pueden separarse así:

a) *Ternura ante la tierra*.—Por dura, áspera e ingrata que sea, el extremeño siempre espera conquistar la tierra, enamorarla como novia y hacerla fecunda y depositaria de los valores de la estirpe o la casta, como a una esposa. Así como para otros pueblos la tierra es una madre a la que hay que rendirle reverencia y culto, como en Galicia, o que puede ser explotada como un negocio, como en Valencia, o exhibida como una querida de lujo, como en Andalucía se hace con las grandes posesiones, así el extremeño ve en la tierra

una novia que hay que saber enamorar y fecundar. Esa ternura sería y sagrada del extremeño por la tierra pasa inadvertida porque, como a la novia, no la requiebra con demasiados piropos. Pero es frecuente oírle entre dientes decir que la tierra que él cultiva es «dulce», «generosa» y «tierna», o bien «desobediente» y «desagradecida», lo mismo que si estuviera hablando de una mujer.

b) *Ternura ante la mujer*.—Esa misma ternura silenciosa y soterrada, que se avergüenza de manifestarse como es, la tiene también el extremeño y en grado máximo, ante la mujer. Como potencia genesiaca, fecundadora, en él se da el conquistador, pero no de mujeres sino de tierras. Aquí he de decir que el extremeño no es precisamente un don Juan. Frente a los que discuten la filiatura y la patria geográfica de este mito literario, disputando sobre si los Mañara y los Tenorios son andaluces, gallegos, nórdicos o portugueses, el extremeño puede oponer que, desde luego, no es oriundo de Extremadura. Por lo menos, Don Juan parece la antítesis del extremeño representativo. Su narcisismo, su adobo y atildamiento, su fanfarronería, su falta de gravedad interior, indisponen a Don Juan con una auténtica filiación extremeña. No es lo mismo gustar eróticamente a una persona que enamorarla. Para gustar se exalta la presencia física con adornos y perfumaciones, con visajes y tonos rebuscados. Para enamorar hay que tener un hondo señorío capaz de sorber a la persona enamorada, atraída. Don Juan gusta a las mujeres pero no las enamora. Si pasa tanto de una mujer a otra es quizás porque sabe que, de continuar, se descubriría el fraude, y la mujer se sentiría junto a él incapaz de enamoramiento. El varón extremeño es, en este sentido, el antidonjuan. No se preocupa mucho del atuendo personal y del ajuste del equipo indumentario. Sabe poco de afeites y perfilamientos. Es frecuente en los pueblos extremeños que los mozos, para enamorar mejor a las muchachas, se fingen más brutos de lo que son. Y aún en el caso de que los mozos sean de cierto pulimento y formación urbana, suelen también, para enamorarlas, subirse a lo alto de su señorío un tanto hosco y distante, antes que ponerse refino y superferolítico. Tarda en gustar el varón extremeño, sobre todo a las mujeres que no conocen su psicología, pero en cambio, ¡qué centralmente las enamora! Su arquetipo no es Don Juan sino aquel Alejandro Gómez de «Nada menos que todo un hombre» de Unamuno. Siempre me pareció que ese Alejandro Gómez era extremeño, aunque Unamuno no se diera cuenta de donde sacó tal arquetipo.

¡Qué sobriedad de gestos y palabras, qué señorío, qué seguridad en saber enamorar a la mujer, en tenerla sumisa, hay en todo extremeño de raza! Tan convencido está de que la gana por su propio señorío natural que ni siquiera entiende que es necesario estarla piropando constantemente y, mucho menos, demostrarle demasiados mimos y servidumbres. Si pudiéramos hacer una antología de las frases con que el varón extremeño se declara amorosamente a la mujer tendríamos el código de la sobriedad amorosa. La mayor parte de las palabras se dan por sobreentendidas. Y lo mismo en los días

logos conyugales, en la vida diaria del hogar. Todo es parco, sobrio, sin verbalismos excesivos, ¡Y qué bien centrada se siente la mujer extremeña ante su varón, tan grave y tan sobrio. A mí me cuesta mucho imaginar a un extremeño de algún trapío componiendo ante la mujer uno de sus madrigales saloneros, retóricos, artificiosos, rizados con tenacillas para decirle el amor que por ella siente.

Pero no creamos (y aquí suena lo decisivo de ese rasgo del alma extremeña) por esto que los sentimientos del varón extremeño son menos hondos que en otro tipo de humanidad. No creamos que la ternura del varón es por eso, por ir guadiánicamente enterrada, menos rica y tornasolada. Al contrario; quizás por ir sofocados por el pudor, esos sentimientos discurren con vena más honda y jugosa, Gabriel y Galán lo expresa con máxima sobriedad y rica hondura en uno de sus poemas.

Crees que mi amor es menor
porque tan hondo se encierra,
porque ignoras que el amor
de los hijos de mi tierra
no sabe ser hablador.

Ese es el secreto del alma varonil extremeña, que el varón, tanto para sus amores, como para sus júbilos o sus pesares, no sabe ser hablador. Pero en amor, menos que en todo, porque es donde la varonía vela más por su prestigio y teme descubrirse en rasgos femeninos. Teme que poniéndose hablador y cursi y relamido y manifestando con demasiado verbalismo sus sentimientos ante la mujer, baje en grados su varonía. Y prefiere pecar de corto y sobrio a pasarse de locuaz. Pero ¿quién puede dudar de la hondura del amor y la ternura del varón extremeño después de leer esa admirable página de su psicología que es el poema «El Embargo»? Puede darse mayor y más justa expresión del sentimiento viril en conjunción con la entereza, de una parte, y la ternura amorosa por otra?:

Señol jués, pasi usté más alanti
y que entrin tos esus;
no le dé a usté ansia,
no le dé a usté mieu...
Si venís antiyel a «fligila,
sos tumbo a la puerta... ¡Pero ya s'a muertu!
¡Señol jués, que nenguno sea osau
de tocali a esa cama ni un pelu,
porque aquí lo jincu
delante usté mesmu!
Lleváselu todú
todú menos esu,
que esas mantas tienin

el suol de su cuerpu...
¡y me güelin, me güelin a ella
ca vez que las güelú!...

Y lo mismo, sin estados pasionales tan intensos y frenéticos, puede verse en la dulce, melancólica serenidad de resignación por la esposa muerta. Allí vemos, en el poema «El ama», como la presencia de la mujer amada llena todo el alma y aun todo universo visible del varón.

La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...

Pero muere ella y

¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza...

El varón se queda a solas para rumiar en llanto silencioso la ausencia del ama que se fué, el varón se esconde para llorar, porque los demás adviertan su ternura inmensa desbordada. Pero el poema le sorprende cuando dice:

¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!...
Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece
y he perdido el cariño de la hacienda.
¡Qué me importan los bienes
si he perdido mi dulce compañera!...

Para el varón entristecido y enamorado todo el universo se ha apagado de sentido.

¡Cuánta ternura oculta suena aquí como suena el agua dulce y delgada filtrándose por entre las canchaleras! ¡Cómo fluye silenciosa, pudorosa esa ternura por entre las rocas del corazón!

c) *Ternura ante el hijo.*—Y el varón extremeño siente su varonía como una fuente, como un manantío de su estirpe. Se ve a sí misma como cabeza de casta. Un remoto, pero vivo sentimiento de patriarcalismo hebreo de verse rebrotado en hijos, como el olivo de vástagos o pimpollos y el pastor de ovejas a la sombra de la encina materna, resuena aún en el alma del varón extremeño. De ahí su ter-

nura por el hijo. Pero ternura siempre recatada, frenada de gestos y palabras, temerosa de caer en debilidades y mimoserías de afeminado. Como en aquel fandango de Chamizo conviene siempre la energía, tanto con los hijos como con la mujer y con el carro.

Si al pasá po'larroyo
se junde el carro,
dale bien a las mulas
y suerta un ajo,
que si t'andas con mimos
y con pamplinas,
tienes atollaero
pa toa la vida...

Recordemos el hermosísimo poema de la ternura paternal que es «La Nacencia» de Luis Chamizo. En este poema brotan también juntos el sentimiento de la ternura por la tierra, como si fuera una mujer, y por la mujer como si fuera tierra que sembrar. Hay en efecto un trasfondo telúrico y marino en el alma de la mujer, según he mostrado en un libro mío. Pero si la tierra es tomada como una novia es para eso, para ararla y fecundarla y sacar de ella ubérrima cosecha de hijos. La conciencia de la paternidad da el más alto nivel del señorío varonil sobre la mujer. De ahí el orgullo de la ternura, el tierno orgullo con que el varón recibe al hijo, de la esposa amada y fecunda.

Los grillos y las ranas
cantaban a lo lejos,
y cantaban también los colorines
sobre las jaras y los brezos;
y roando, roando de las sierras
llegaba el dolondón de los cencerros.
¡Qué tarde más bonita!
¡Qué anochecer más güeno!...

Se respira en esos versos el aroma de la tierra, suena todo el pulso de la tierra latiendo maternal. Y entre las luces olorosas del crepúsculo la mujer que va a ser madre se recorta augusta y magna, con escasisima gesticulación. El momento tiene grandeza indecible. La mujer es como el símbolo vivo de la tierra madre. Por eso ha empezado el poeta dándonos la visión augusta de la hora y el momento de la tierra. Y por eso, después, cuando la oración le sube fragante y encendida por el pecho abierto mientras el corazón amplía sus vaines de incensario, el varón evoca ovejas y espigas:

Seño, tú que eres güeno;
tú que jaces que broten las simientes
que echamos en el suelo;

tú que jaces que granen las espigas,
cuando llega su tiempo;
tú que jaces que paran las ovejas
sin comadres ni méicos...

Y allí, ante la esposa que va a darle un hijo, el varón extremeño, a solas con la noche incipiente, con el firmamento y con Dios, llora viendo a la esposa en trance de angustia

M'arrimé más pa ella;
l'abrasaba el aliento,
le temblaban las manos,
tiritaba su cuerpo...
y a la luz de la luna eran sus ojos
más grandes y más negros.
Yo sentí que los míos chorreaban
lagrimones de fuego
Uno cayó roando
Y prendió en su pelo
en mitá de su frente
se queó reluciendo.

¿Hay o no hay ternura honda y viva en el varón extremeño?

Pero además, el varón extremeño imagina al hijo como un jayán bravío de los que, según Chamizo, salieron para sembrar tierras nuevas en América, y que, como era de esperar, identificando tierras y mujeres, sirvió para que sembraran también mujeres como tierras nuevas. Recuérdense los amores de Pizarro, de Hernán Cortés, de Orellana, etc. La ternura del varón ante el hijo se resuelve en una imagen de alta varonía, sin debilidades ni deficiencias. En el poema «El porqué de la cosa» de Chamizo, Celipe se opone a que su mujer vaya al espigueo por varias razones, y entre ellas, esta:

Y asín y tó no quiero que a'rrebusques
las migajas que a algunos se le caen,
siquiera mientras llevas ahí metío
nuestro mozo, porque eso es enseñale
dende chico a doblar el espinazo
y a vivi de las sobras de los grandes;
y así saldrá sin juerzas, sin agallas,
sin bríos, sin coraje,
pa pescar el jocino y dir al corte
pa llevarse a los hombres por delante...

Pero también la mujer extremeña imagina el dechado de la varonía en el hijo con análogos atributos y cualidades... También ella

sueña en el hijo un auténtico varón con arrogancia y poderío, de inequívoca virilidad. En el mismo poema de Chamizo dice la esposa a Celipillo:

qu'el corazón me ice que es un macho
lo que voy a dalte...

Un macho mu jorzúo con agallas,
con genio, con reaño, con coraje.

Y ella sabe que así, describiendo así al futuro hijo, halaga al varón que va a ser su padre. Que la ternura de este varón se alumbrará con sola la evocación del futuro mozo. Y, en efecto, el poeta anota:

Paece que ya no gruñes, Celipillo,
paece que ya t'atrevés a mirarme
y me jaces cosquillas con las barbas
de tanto como quieres arrimate...

Pero no es solo por halagar a la varonía triunfante del esposo. Es que la mujer extremeña ama también a la varonía llena de señorío, y sueña en el hijo al mozo enérgico y arrogante apto para todos los triunfos varoniles... En el poema «El chiriveje», la madre piropea así al hijo que está amamantando;

Lucero, pan y condío,
espiguina de carne de mis eras,
suerbe p'adrento remetiendo juncias,
larga chupones atizando yesca,
pa que aluego, cuando mozo,
naide te moje la oreja

d) *La ternura ante la madre.*—El varón extremeño guarda una honda y también enterrada y pudorosa ternura para la madre... No es solo ante la «viejina» ya torpe y débil en el ocaso avanzado de la senectud, para quien el hijo maduro tiene recatadas o expresas manifestaciones de amor tierno y de cuidados delicadísimos sino ante la madre, aun no vieja, con quien el mozo suele tener diálogos sutiles transidos de perfumes de deliquios. Recordemos las viejas escenas de los quintos extremeños que salían de la despedida con la madre, en una habitación oculta de la casa, limpiándose una lágrima vergonzante, para irse con los que le esperan a cantar y reír. ¿Es que ese mozo que iba a ser soldado rehuía el servicio militar o manifestaba con esas lágrimas su temor a la guerra? Eso sería no querer ver que el pueblo extremeño es pueblo de esforzados y de fundadores y que por hombría, aunque no sea más que por hombría, ama la aventura, la guerra, la caza y la colonización. No. Es que su ternura por la madre hacía a veces tambalear su fuerte sentimiento de la masculinidad. Y ello es lo que le hacía como huir de esas escenas de ternura.

ALMENDRALEJO

A mi amigo Alfonso Iglesias Infante.

Almendralejo... Espronceda,
Carolina Coronado...
¡Qué bien suenan los tres nombres,
cómo calientan los labios!
Almendralejo ha parido
con dos quimeras dos astros
y corre su nombre el mundo
gentilmente decorado.

Lleva en la frente Espronceda
corceles desenfrenados
que huellan como los besos,
y alumbran como relámpagos.

Carolina lleva un trono
de palmeras en las manos,
una azucena en el pecho
y entre los ojos un nardo.
Cuando aflora su sonrisa
hiere un pecho y nace un santo...

Carolina ve a Espronceda
y le teme como al diablo,
porque le ha visto en los ojos
los delirios del pecado.
Espronceda la sonríe
para darle sobresalto;
se le acerca lentamente
con amores en los labios,
y al mirarla temblorosa
le da un beso en cada mano.

Carolina ha sonreído...
Carolina está llorando;
pero él siente pecho adentro
las dos llagas del milagro,
y con los filos candentes